

Cuando yo nací, mi madre era una auténtica fanática de los horóscopos y las cartas astrales. Había vivido dos años en Londres y, por lo que me ha contado un montón de veces, allí tenía un grupo de amigas de distintas partes del mundo que andaban locas por la astrología, el mundo de las hadas y las adivinatoras del futuro. También, y eso lo cuenta bajando la voz y como disculpándose, habían experimentado con sustancias «ilegales», así lo dice ella, haciendo con los dedos el gesto de entrecomillar la palabra. «Ilegales, pero completamente naturales», precisa.

—Y todo lo que es natural no es malo. Los efectos son los que son, pero si la naturaleza lo ha creado, por algo será. Y habrá gente que haga un mal uso de ello, claro está. Pero la naturaleza es sabia.

—Drogas. Te refieres a drogas —la corrijo.

—Digo lo que digo. Sustancias «ilegales», pero naturales.

—Drogas —insisto.

Mi madre se encoge de hombros y continúa el relato de las experiencias que compartió con el grupo internacional de chaladas. Una de ellas era italiana, Giovana, que era la experta o gurú. También había una japonesa, Yoko, que en realidad no se llamaba Yoko pero que se hacía llamar así en homenaje a Yoko Ono, una artista muy importante en los años sesenta del siglo xx y que se casó con John Lennon, uno de los Beatles. Yoko, según cuenta mi madre, tenía visiones. Visiones extrasensoriales que ponían los pelos de punta, y riéte de pelis como *The Ring* o *Two Sisters*. Los orientales han tenido siempre una tendencia natural a eso de las visiones y las fantasías espeluznantes y, según dice mi madre, todo lo que su cultura tiene de introspección, meditación y espiritualidad, también lo tiene de sanguinaria, horripilante y fantasmagórica. Yoko creía en el poder de las cartas, de las brujas, de las hadas y del oráculo. En mi opinión, todo ello era debido a la ingestión de estupefacientes y psicoestimulantes, de las terapias naturistas, del *shiatsu* y de las fiestas que se montaban en el piso que compartían mi madre, Giovana, Yoko y un par más, una belga y una murciana. Porque había una

que era de Murcia, Belén, que estudiaba inglés y trabajaba en lo que fuera para pagarse los estudios y el alojamiento; una semana era camarera, a la siguiente limpiaba una tienda, y a la tercera hacía de canguro de los hijos de un matrimonio que vivía en Notting Hill. Belén era la más reacia a creer en las ventajas de la magia, la nigromancia y las cartas astrales. Se apuntaba a las fiestas y a las sustancias «ilegales» precisamente por ese motivo, porque eran fiestas y allí se consumían sustancias, pese a que las organizara y financiara aquel puñado de alocadas de la corte del mago Merlín. Belén, como cuenta mi madre, tenía un tercer motivo para disfrutar de las fiestas: la presencia de hombres jóvenes, a quienes invitaban las chaladas de la cuarta dimensión. Si había mucho trajín en esas fiestas, trajín sexual se entiende, es algo que no sabré nunca, porque mi madre se limita a hablar de las sustancias, las sesiones de espiritismo, la lectura del tarot y los hombres que se ligaba la murciana.

—Seguro que las demás ligabais tanto como ella...

—Pues no. Las otras éramos unas pánfilas en ese aspecto. Belén nos aventajaba a todas y siempre acababa con los tipos más atractivos. Tenía un sexto sentido para esas cosas, la murciana.

—¿Y ella no consumía nada? ¿Sólo iba a lo que iba?

—Ella hacía lo que hacíamos todas, sólo que al final terminaba con compañía masculina, no como las demás, que nos quedábamos con las ganas.

Mi madre permanece unos segundos con la mirada perdida y luego niega con la cabeza.

—Quién lo iba a decir, ¿no te parece? Comparas Barcelona con Murcia, o Tokio con Murcia... Y ya ves, la murciana arramblaba con todo.

De vuelta a Cataluña, mi madre dejó de lado las sustancias «ilegales», pero continuó, e incluso fortaleció, su afición por las artes de la adivinanza y el mundo de los astros y las hadas. En Barcelona recibió a Giovana en más de veinte ocasiones, a Yoko sólo una vez, y dos veces a la murciana. A la belga no la volvió a ver, incluso olvidó cómo se llamaba. Yoko y Belén la visitaron cuando yo no había nacido todavía. A Giovana la conozco, de hecho es mi madrina, y siempre que aparece por la ciudad lo hace cargada de regalos para mí y artefactos y legajos esotéricos para mi madre. Mi madre se ha desvinculado bastante del mundo fantasioso de su amiga del alma, y a menudo me da la sensación de que simplemente le sigue la corriente cuando ésta le habla del submundo de las hadas y de la convergencia de las constelaciones y los signos del Zodiaco. Su pasión juvenil se ha ido enfriando ahora que tiene un trabajo, y un marido, y un par de hijos con quienes compartir el día a día. De vez en cuando se

compra una figurita que representa un hada, o una carta astral de anticuario, o algún libro de mitología. Nunca la he visto consumir ninguna sustancia «ilegal», y si lo ha hecho, yo no estaba delante.

El día que cumplí catorce años mi madre me entregó una felicitación recién llegada de Londres y enviada por Giovana. Mi madrina se había quedado a vivir en Londres cuando todas las demás habían regresado a sus países de origen. Decidió que de la gran ciudad cosmopolita no la movía nadie, y allí se ha quedado hasta hoy. La postal de Giovana había sido dibujada por ella misma: catorce velitas, una detrás de otra, y al final de la cola de llamas, un avión. Dentro del avión asomaba mi cabeza, recortada de una fotografía. Antes de poder otorgar un significado al dibujo del avión y las velitas, mi madre me alargó un billete de avión a mi nombre, Barcelona-Londres, Londres-Barcelona, para el primer fin de semana de mayo.

—Tienes una madrina generosa.

—¡¡¡Londres!!! ¡¡¡Vaya puntazo!!!

—Los tiempos cambian, Pablo. Yo no viajé a Londres hasta los veintitrés. Tú vas a llegar con catorce.

—Pero seguramente no podré experimentar con sustancias «ilegales»...

—Eso lo dejaremos al buen entender de tu madrina.

Mi madre telefoneó a su amiga para darle las gracias, cosa que también hice yo a continuación. Giovana estaba muy ilusionada con mi visita y quería mostrarme un montón de lugares. «No vamos a parar; es necesario que vengas dispuesto a jornadas larguísimas». Cuando volví a pasar el teléfono a mi madre y antes de dirigirme a mi habitación, oí cómo ésta le lanzaba una súplica.

—Giovana, a ver si aprovechas ahora que lo tendrás cerca y me le haces un estudio. Pablo pasa bastante de estas cosas, pero a mi me haría ilusión saber cómo se le presentan los astros.

—A mí, no —grité.

—Tú a callar —dijo ella, riendo, y se fue con el teléfono hacia la cocina.

Me faltó tiempo para contar la noticia a los compañeros de clase. Me largaba a Londres un fin de semana, sin padres ni hermanita. La mayoría opinaba que el plan parecía genial. Algunos quisieron hacerme encargos, y yo les dije que OK, pero la pasta por adelantado. Otros simulaban indiferencia: pura envidia, claro. Dani quiso saber si mi madrina era la chalada de las brujas y yo se lo confirmé. También quiso saber si era la misma de las drogas.

—Sustancias ilegales, pero naturales, chaval. Y eso fue hace mucho tiempo. Yo sólo tengo catorce años, Dani.

—Ya, pero vete a saber. Tal vez ella se inició a nuestra edad.

—No sé, Dani. Imagino que mi madrina tendrá cosas mejores que hacer en Londres durante el fin de semana que iniciar a un jovencito de catorce años en el consumo de sustancias ilegales...

A Diana, mi hermana pequeña, no le pareció demasiado bien la idea del regalo de Giovana. Sobre todo porque el regalo era para mí y no para ella.

—Tal vez cuando cumplas los catorce...

—¡Faltan cinco años todavía!

—Hacerse mayor tiene sus ventajas.

—¡Tiene todas las ventajas!

Mi padre, durante la hora de la cena, me hizo muchas recomendaciones sobre los lugares de Londres que no debía perderme de ninguna manera: las casas del Parlamento con el Big Ben, Piccadilly Circus, la abadía de Westminster, Hyde Park, la National Gallery y sus obras de arte clásico; la Tate Gallery y la espectacular Tate Modern con obras e instalaciones de arte contemporáneo...

—Papá, sólo es un fin de semana. Y llevaré guía particular.

—No te fíes de tu madrina, Pablo. Si por ella fuera, no os moveríais de las paraditas de *hippies* y las tiendas naturistas...

—No exageres, Guillermo —le hizo callar mi madre.

—Y los *coffee-shops* —dijo Diana, sin levantar los ojos del plato.

—¿A qué viene eso de los *coffee-shops*, renacuajo? —le preguntó mi padre—. ¿Qué sabrás tú de los *coffee-shops*?

—Los *coffee-shops* están en Ámsterdam —apunté yo.

Mi padre pegó un golpe a la mesa y nos miró frunciendo el ceño.

—¿Es real lo que estoy oyendo? ¿Mis dos hijos, de nueve y catorce años, divagando sobre el tema de los *coffee-shops* a la hora de la cena? ¿Que si están en Ámsterdam o en la China?

A continuación volvió los ojos hacia mi madre.

—¿A ti te parece eso normal, Sara?

—No sé a qué vienen esos exabruptos, Guillermo. Mis hijos son gente moderna que vive en una sociedad moderna y están al cabo de las cosas que suceden en una sociedad moderna...

—En China fuman opio —dijo mi hermana.

Mi padre la observó con los ojos fuera de las órbitas.

—Lo he leído en *La vuelta al mundo en ochenta días* —añadió mi hermana, encogiéndose de hombros.

—Esta niña tiene la facultad de sacarme de mis casillas —dijo mi padre.

—Mi niña llegará lejos, Guillermo —dijo mi madre, y le guiñó el ojo a Diana.



Mi madre es ilustradora de libros infantiles. Tiene su estudio en casa, con una gran mesa repleta de dibujos y botes de pintura. En un rincón, al lado de la biblioteca, ha dispuesto lo que llama «el salón de lectura», con dos cómodas butacas y una mesita baja. Tenemos acceso a él desde que éramos unos críos. A mi madre no la distrae que mi hermana y yo nos sentemos a leer mientras ella trabaja. Al contrario: dice que se concentra mucho mejor cuando sus hijos están allí cerca, sumergidos en las historias de un libro que ella, más pronto o más tarde, puede ilustrar. Mi madre tiene muchas teorías estrafalarias que, según mi padre, proceden de su época en Londres.

—Existe un mundo real, el de la vida cotidiana, y otro etéreo, el mundo de los libros y la literatura. Ambos se comunican y son vitales para sobrevivir. Resulta mágico el momento en que los dos mundos coinciden en el tiempo y en el espacio. Eso sucede cuando alguien lee. El lector se sienta en un rincón del tiempo real, bien acomodado en una butaca real, delante de un objeto real que se llama libro y es de papel y tiene páginas y pesa. Pero su mente no está en el mundo real, sino en el etéreo. El cuerpo está aquí y la mente allá, en la otra dimensión. Y es entonces cuando los dos mundos conviven y se tocan. Y este hecho provoca una extraña reacción que se condensa en el ambiente y fomenta la creati-

vidad, tanto del lector como de quien le observa. Cuando uno de mis hijos lee o dibuja a mi lado, el mundo etéreo se hace respirable, como si de algún modo se materializase, y en ese momento me siento más capacitada para representar las imágenes de las historias que ilustro. Es extraño, pero es así.

Cuando nosotros estamos leyendo en el estudio de mi madre, mientras ella permanece concentrada en los dibujos que realiza sobre la mesa, en realidad no pasa nada especial. Hablando con franqueza, ella ni tan siquiera nos mira: tiene los lápices y los pinceles en la mano y no levanta la vista del papel ni una sola vez. Pero resulta que de los mundos de ficción en los que nosotros penetramos a través de las páginas de un libro ella recibe algo parecido a una descarga de energía que le facilita la ejecución de sus propias obras.

—Ya lo he terminado —puede que diga Diana al llegar al punto y final del libro.

—¿Te ha gustado, cariño? —le pregunta mi madre, sin tan siquiera levantar los ojos.

—Mucho.

—Explícame qué te ha gustado.

Entonces mi hermana le hace un resumen de la trama y le comenta lo que más le ha interesado de la historia. Mi madre la escucha sin mirarla, con el torso inclinado sobre la mesa y el dibujo a medio terminar. Tal vez Diana haya leído una novela de

aventuras escrita en el siglo XIX y mi madre esté ilustrando un cuento escrito por una escritora actual pero, aun así, la interrelación de los mundos etéreo y real se convierte en energía y le transmite paz y confianza en su trabajo.

Mi madre, sin levantar los ojos de las formas que define con el lápiz o el pincel, escucha atentamente los comentarios de sus hijos lectores, que todavía no han abandonado por completo el mundo etéreo de los libros que acaban de leer, las historias de la literatura, las mil y una formas de la ficción. Y mi madre se siente segura, acompañada, como si John Silver de *La isla del tesoro* estuviera con ella, auxiliándola en la difícil labor de la creación; o Alicia y su país maravilloso, o los Señores del Tiempo de *Momo*, o Miguel Strogoff, o el fantasma de la Ópera, o vete a saber cuántos personajes inventados del mundo de la ficción. Todos ellos son testigos de cómo ella ayuda a nacer a otros personajes que pasarán a formar parte del mundo etéreo de la fantasía.